

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

El modelo de desarrollo peronista.

Paula Beatriz Kohan.

Cita:

Paula Beatriz Kohan (2013). *El modelo de desarrollo peronista. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/360>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UBA.

20 AÑOS DE PENSAR Y REPENSAR LA SOCIOLOGÍA. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI. 1 al 7 de julio de 2013.

Mesa 31: “El Peronismo y la Sociología. Del siglo XX al XXI.”

Título: El modelo de desarrollo peronista

Autora: Kohan, Paula Beatriz, Licenciada en Sociología, UBA.

1- Introducción

El surgimiento del peronismo se corresponde históricamente con una específica etapa del capitalismo mundial, en la cual prevalecieron ciertos discursos, preocupaciones e ideas. La gran depresión de los años 30 y la segunda guerra mundial afectaron al globo entero y operaron grandes transformaciones en varios planos. En el plano político, se pasó del liberalismo al activismo estatal y, en el económico, del pensamiento neoclásico a la heterodoxia keynesiana y post-keynesiana. Al mismo tiempo, se modificó el pensamiento social, creciendo la preocupación en torno a las “economías subdesarrolladas”.

Así, a partir de la década del 30, las urgencias del nuevo contexto fueron perfilando nuevas concepciones para explicar las grietas de un sistema que parecía infalible, al mismo tiempo que teorías para subsanarlas. De esta manera, surgió y se constituyó a lo largo de la década del 40 la economía del desarrollo, que introdujo una distinción analítica entre países desarrollados y países subdesarrollados o del Tercer Mundo.

Los primeros teóricos de este enfoque (provenientes de los países desarrollados, entre los que se encuentran principalmente Rosenstein-Rodan, Nurkse, Lewis y Leibenstein) desplegaron sus planteos entre 1945 y 1957 aproximadamente, años en los que se desarrollaron, también, los dos primeros gobiernos peronistas. Fundamentalmente, asociaron el desarrollo al crecimiento económico, sin otorgarle importancia a las dimensiones sociales del mismo, esencialmente a sus efectos distributivos. Así, esta concepción quedó desmantelada de todo condicionamiento histórico, estableciendo la premisa de la existencia de una “senda universal del desarrollo”, que consistía básicamente en el proceso de industrialización que ya habían atravesado las grandes potencias y que había permitido el aumento sostenido de la renta per cápita. Entonces surgía la pregunta: ¿por qué los países subdesarrollados no habían atravesado el mismo proceso? La respuesta se encontraba en los aspectos estructurales de estas

economías, en las que coexistían sectores con grandes diferencias de productividad, y se encontraban fuertemente especializadas en unos pocos productos primarios de exportación cuyos procesos de producción no impactaban positivamente en el resto de las economías nacionales. La solución la encontrarían mediante una industrialización forzada, es decir, en la cual interviniera el Estado, ya que no había logrado el *laissez faire* promover el desarrollo esperado.

Si bien se reconocen los obstáculos ocasionados por la división internacional del trabajo, no se planteaba claramente la conexión estructural entre desarrollo y subdesarrollo y, por ende, las condiciones en que se fueron perfilando los atributos de esas estructuras económicas.

Esta fue la primera interpretación y lectura que se hizo de la situación internacional y de las diferentes experiencias que estaban atravesando los países a nivel nacional. Sin embargo, no fue la única. Casi paralelamente, surgió también una corriente de pensamiento originada en los países del Tercer Mundo. Enmarcada dentro del estructuralismo latinoamericano, se plasmó sobre todo en los estudios de la CEPAL desde fines de los años 40 y 50. A diferencia del primero, este enfoque partía de una concepción histórica y holística, en la que se reconocía que tanto desarrollo como subdesarrollo constituían expresiones de un único proceso, que daba cuenta de la existencia de un sistema económico mundial. Partiendo de esta premisa, la elaboración del modelo “centro-periferia” permitió hacer explícita la conexión, funcionamiento y complementariedad de las economías de distintos países que se encontraban vinculados a través de la división internacional del trabajo a escala internacional. Pero, lo más importante, este vínculo entre centro y periferia se consideró asimétrico, ya que el libre comercio acentuaba las desigualdades internacionales, inhibiendo el desarrollo de la periferia al mismo tiempo que la alejaba cada vez más del centro. ¿De qué manera operaba el libre comercio en este sentido? A través de la transferencia de los frutos del progreso técnico de la periferia al centro. El poder con el que contaban los países centrales impedía abaratar los precios de las manufacturas exportadas a pesar del continuo aumento de la productividad, lo que perjudicaba a los países de la periferia que debían enfrentarse a esta situación y a la caída de los precios agrícolas, teniendo en cuenta las desventajas de su peculiar estructura económica y social, que hacía que los empresarios locales no pudieran competir con las manufacturas del centro. De esta manera se frenaba la difusión del progreso técnico a escala internacional, y la periferia quedaba varada en una situación que no podía revertir.

A pesar de realizar un diagnóstico muy distinto, el pensamiento cepalino encontraba, al igual que los primeros teóricos, a la industrialización como la estrategia para remediar esta situación. Pero su justificación se hallaba en que posibilitaría captar una parte del fruto del progreso técnico al alterar la composición de las importaciones y, consecuentemente, alcanzar una transformación estructural y de los términos de intercambio.

Coincidía con los primeros teóricos, asimismo, en otorgar un papel fundamental al Estado, que debería dirigir dicho proceso, pues se consideraba que podía fomentar el cambio estructural.

Estos debates y preocupaciones comenzaron, como se dijo, alrededor de la década del 40 y continuaron hasta nuestros días, resignificándose en muchos casos, cambiando, muriendo y renaciendo. Lógicamente, no quedaron sólo plasmados en el ámbito teórico. Su razón de ser se encontró, desde el comienzo, en la necesidad de intervenir en la realidad económica, política y social de los países para resolver los problemas acuciantes del momento.

En síntesis, luego de la crisis del 30 y la segunda guerra mundial, surgen nuevos escenarios (como por ejemplo el surgimiento de nuevos países subdesarrollados producto del proceso de descolonización, la situación de los países devastados por la guerra y la amenaza de nuevos conflictos bélicos, las nuevas tensiones internacionales generadas entre países capitalistas y socialistas) que reciben una atención generalizada y son vistos como problemáticos, dando lugar al surgimiento de debates en torno al desarrollo y la industrialización de áreas menos desarrolladas. La misma creación de la ONU y, en su interior, el organismo de la CEPAL, responde a las necesidades y preocupaciones de este nuevo contexto, en el que se reivindica la aplicación de la técnica moderna al esfuerzo productivo.

Teniendo en cuenta, por un lado, la importancia de estos planteos teóricos y prácticos en torno al desarrollo y, por el otro, el gran impacto que significó el peronismo en la realidad argentina, se asume en este trabajo la tarea de vincular y analizar ambos fenómenos que se consideran parte de un mismo proceso histórico, así como también vislumbrar su vigencia en la actualidad.

2-El modelo de desarrollo

Hablar de un “modelo de desarrollo” implica, desde el punto de vista adoptado en el presente trabajo, indagar sobre una forma particular de entender la realidad nacional y su relación con el ámbito internacional por parte de quienes conducen en conjunto el aparato estatal. Esta lectura se encuentra históricamente (espacial y temporalmente) situada, y atravesada por complejas tramas de relaciones sociales.

Esta lectura indica, al mismo tiempo, a una corriente de pensamiento, a una visión del deber ser nacional, es decir, que incluye un componente ideológico.

Pero, además, el modelo de desarrollo no alude simplemente a una lectura meramente contemplativa y analítica de la situación, sino que involucra una praxis; entramado de prácticas que impactan en el rumbo de las sociedades y sus relaciones recíprocas.

Así, el desarrollo adquiere significación como un “proceso por medio del cual la dirección de una sociedad es asumida (o condicionada) por grupos sociales interesados en modificar las estructuras y prácticas productivas tradicionales” (Pipitone, 1994, p. 20). En este sentido, se puede decir que existe un aspecto político del desarrollo, ya que su promoción es el resultado de una estrategia racional, elaborada y aplicada mediante decisiones políticas (Graciarena, 1997, p. 15).

Se entiende al modelo de desarrollo, por lo tanto y fundamentalmente, como la planificación y dirección decidida por quienes tienen el control del aparato del Estado a partir del diagnóstico que realizan de la realidad. Diagnóstico, planificación e intervención que no son ajenos al contexto y a las vinculaciones con otros sectores con los cuales se relacionan.

Entendiendo el modelo de desarrollo de esta manera, se eligieron tres dimensiones que se consideraron significativas para dar cuenta propiamente del modelo de desarrollo peronista. En primer lugar, se pasará revista del contexto internacional y nacional en el que se inscribe (se sitúa históricamente) el surgimiento del peronismo.

En segundo lugar, se realizará un rastreo del elemento ideológico del peronismo, que dé cuenta de la corriente de pensamiento que lo respalda y que se plasma en un discurso y una práctica.

En una última instancia, y retomando los dos primeros puntos, se dará cuenta de la “praxis” del gobierno peronista, es decir, de la implementación de políticas económicas y sociales que cambiaron el rumbo de nuestra sociedad.

Se considera que, si bien el análisis de estas tres dimensiones no agota el tema considerado y son el resultado de una categorización analítica, podrá acercarnos a una comprensión integral del modelo de desarrollo peronista.

Por último, se realizará una reflexión sobre el actual modelo de desarrollo, intentando vislumbrar los aspectos de las dimensiones mencionadas e intentando encontrar relaciones con el modelo de desarrollo peronista.

3- Contexto nacional e internacional

Como se mencionó anteriormente, el surgimiento y ascenso del peronismo se inscribió en un momento histórico signado por profundas convulsiones políticas, económicas y sociales. La crisis económica mundial desatada en 1929 implicó un trastorno del mercado internacional que tuvo su correlato en las estructuras de las economías nacionales. Por un lado, las medidas proteccionistas implementadas por la mayoría de los países europeos y Estados Unidos hicieron mermar los intercambios internacionales. Por otro lado, durante las décadas anteriores a la crisis habían empezado a operarse grandes transformaciones tecnológicas que revolucionaron los procesos productivos y la organización del trabajo. El aumento de la productividad a través de la producción en cadena, la división de las tareas en el proceso de producción y los nuevos adelantos tecnológicos pusieron en primer plano la inexistencia de mercados de consumo con la capacidad suficiente de absorber la nueva y creciente producción de mercancías. En este sentido, los postulados keynesianos, y el nuevo rol intervencionista asumido tanto por el Estado estadounidense con la implementación del New Deal como por los países de Europa occidental con el desarrollo del Estado benefactor, promovieron la creación de mercados internos que se adaptaron a las nuevas pautas de consumo en masa y contribuyeron a superar la crisis económica, mediante la redistribución de los ingresos y algunas mejoras en las condiciones de trabajo.

Pero la urgencia también estaba dada por las experiencias de las precarias condiciones laborales que nutrían el fortalecimiento de distintas corrientes de izquierda. Y, en este sentido, se hacía impostergable revitalizar los cimientos del capitalismo para evitar la eclosión y organización populares.

En la Argentina, ya desde la crisis de 1929, los cambios en el contexto internacional pusieron obstáculos al funcionamiento tradicional de la economía agroexportadora. Por un lado, la restricción de los mercados internacionales obligó a buscar alternativas frente a la imposibilidad de colocar los productos primarios, que acarreó al mismo tiempo la reducción de divisas disponibles para importar productos manufacturados. El vehículo para la superación de tales obstáculos se encontró en el proceso de industrialización por sustitución de importaciones iniciada en la década del 30. Dicho proceso fue profundizado y esencialmente característico de los dos primeros gobiernos peronistas y se acompañó progresivamente de políticas que mejoraron la situación de la clase trabajadora, y que estuvieron inspiradas en los ejemplos recibidos de las políticas norteamericanas y europeas anteriormente mencionadas. La asociación entre desarrollo e industrialización (que implicaba al mismo tiempo elevar los niveles de vida de la población) atravesó las fronteras de los países latinoamericanos que insistieron en avanzar deliberadamente en este sentido, con especial énfasis durante el período de posguerra.

Así, tanto para la Argentina como para muchos otros países de la región, después de la crisis de 1929 y de la segunda guerra mundial, el desarrollo fue visualizado como una necesidad imperiosa. Necesidad frente a la amenaza de que la revolución popular acometiera contra el orden social vigente, cuyo principal

beneficiario era Estados Unidos pero también los distintos grupos de poder al interior de cada país.

Para Estados Unidos la promoción del desarrollo en América Latina constituía un medio para mantener a la región dentro de su esfera de poder y contener al comunismo, pero también resultaba estratégico para colocar los excedentes de capital y mercancías acumuladas durante la guerra. Al mismo tiempo, los distintos grupos de poder latinoamericanos preocupados por conservar su estabilidad, encontraban en el desarrollo un instrumento para lograr su cometido y, de esta forma, evitar la pérdida de sus privilegios. Por supuesto, el desarrollo encontraba sus límites en estos mismos objetivos: por un lado, el desarrollo no podía llegar al punto de comprometer la posición de predominio de estos grupos de poder fundado en la posesión de la tierra a gran escala; y, por el otro, Estados Unidos podía permitir la extensión del desarrollo mientras los países latinoamericanos no lograran ser lo suficientemente independientes económica y políticamente como para afectar sus tan favorables como asimétricos vínculos recíprocos. Es decir, que el desarrollo los hiciera alcanzar un grado de autonomía tal que les permitiera escapar justamente de su esfera de poder y los habilitara a entablar otras relaciones internacionales.

Puntualmente en el caso argentino, otra variable que se consideran sumamente relevante para entender la forma que adoptó el desarrollo durante el peronismo es, en el plano internacional, la beneficiosa coyuntura de posguerra caracterizada por precios internacionales por encima de los habituales que permitieron al Estado apropiarse de una ganancia extraordinaria generada por las actividades rurales. Estas ganancias constituyeron recursos disponibles para producir una redistribución del ingreso y financiar la creciente masa de importaciones durante los primeros años de gobierno, entre 1945 y 1949. Así, los favorables términos de intercambio se combinaron con la disponibilidad de mercados durante la inmediata posguerra (Rapoport, 2010, pp. 142-195).

Ya a partir de 1949 esta situación cambia con la implementación del Plan Marshall, en el que Estados Unidos pasó a priorizar y a ocuparse de los países europeos devastados por la guerra.

En el plano nacional, se ha remarcado la vinculación estrecha entre el desarrollo económico y el proceso inmigratorio (Germani, 1977). El proceso de inmigración masiva que se inicia en 1880 y que sigue vigente durante el período peronista (aunque con interrupciones y cambios en su composición) transformó la sociedad, participando en los procesos de urbanización e industrialización.

4- Fundamento ideológico

En consonancia con las tendencias internacionales mencionadas en el apartado anterior (New Deal implementado por Roosevelt en Estados Unidos y capitalismo bajo la modalidad de un Estado benefactor en Europa occidental después de 1945) el peronismo se apoyó en una ideología que consideraba viable una especie de capitalismo “alternativo” basado en la conciliación y la armonía entre las clases:

“Queremos que desaparezca de nuestro país la explotación del hombre por el hombre y que cuando ese problema desaparezca igualemos un poco las clases sociales para que no haya como he dicho ya en este país hombres demasiado pobres ni demasiado ricos.” [Discurso pronunciado por Perón en Rosario en agosto de 1944].¹

Existía, pues, la posibilidad de construir un capitalismo nacional “justo”. La reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas resultaba compatible con la promoción de la igualdad, ya que era posible alcanzar la armonía entre los intereses del capital y del trabajo gracias a la intervención del Estado. Se distinguía entre un capital explotador e inhumano encarnado en el capital depredador internacional y su aliado interno (la oligarquía) que conspiraban contra el desarrollo independiente del país, y un capital progresista y socialmente responsable necesario para el desarrollo de la economía nacional. Así, el gobierno peronista consideró que era posible construir un capitalismo nacional. En definitiva, las clases poseían intereses comunes, pues tanto el capital nacional como los trabajadores defendían el desarrollo nacional.

El gobierno peronista se apropió de los temas vigentes en la agenda internacional como el desarrollo y su asociación con la industrialización, y en él cumplía un rol fundamental la clase trabajadora, por lo que se la fue integrando social y políticamente.

Esta progresiva integración implicó resignificar el concepto de democracia y de ciudadanía al considerar no sólo su aspecto político formal que se concretizaba hasta el momento en el derecho al voto, sino ampliar sus bases sociales y económicas. Sin embargo no se cambió el hecho de considerar a la democracia dentro del sistema capitalista como una forma de gobierno en la cual el aparato del Estado se pone al servicio del “interés general”, superando los intereses individuales y sectoriales.

Por eso, a pesar de erigir una retórica “antiimperialista” y en contra del capital depredador internacional (qué fácilmente podría confundirse con la de más de una corriente de izquierda) no se cuestionaba el orden vigente. Y no sólo no se lo

¹ Citado en James, D. (2006). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI. Pág. 39.

cuestionaba sino que se lo defendía. Porque, además, otro de los temas recuperados de la agenda internacional por el peronismo fue la amenaza comunista:

“Señores capitalistas, no se asusten de mi sindicalismo, nunca mejor que ahora estará seguro el capitalismo, ya que yo también lo soy, porque tengo estancia y en ella operarios. Lo que quiero es organizar estatalmente a los trabajadores, para que el Estado los dirija y les marque rumbos y de esta manera se neutralizarán en su seno las corrientes ideológicas y revolucionarias que puedan poner en peligro nuestra sociedad capitalista en la posguerra.” [Discurso de Perón en la Bolsa de Comercio en agosto de 1944].²

La combinación de diversas corrientes ideológicas se articularon y dieron paso a un discurso sobre el desarrollo que puso el énfasis sobre lo “nacional y lo popular” y sobre la “justicia social”, que generaron un amplio consenso sobre la deseabilidad y la necesidad del desarrollo y del ineludible camino hacia la industrialización.

En síntesis, el peronismo se apropió de los temas vigentes en la agenda internacional, como el desarrollo, la industrialización y la amenaza comunista, y buscó alternativas dentro del mismo sistema capitalista para hacer frente a los problemas que atentaban contra su continuidad. Y esto posibilitó la construcción de una doctrina nacionalista económica en la que se reivindicaron la industrialización nacional y el fortalecimiento de la posición política nacional y regional.

5- Política económica y social

Si bien ya la generación del 80 había planificado y puesto en marcha diversas políticas de acuerdo a los objetivos del país que imaginaron y de la nueva sociedad que querían conformar sus representantes, es a partir de la experiencia peronista que puede hablarse estrictamente de una planificación económica. Tanto el primero como el segundo plan quinquenal dan cuenta de la orientación económica impulsada desde el aparato del Estado.

² Citado en Llorente, I. *Alianzas políticas en el surgimiento del peronismo: el caso de la provincia de Buenos Aires*, en Mora y Araujo, M. y Llorente, I. (comp.) (1980). *El voto peronista. Estudios de sociología electoral argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Con los objetivos de reducir los factores de vulnerabilidad externa y de elevar el nivel de vida de la población a través de la redistribución de la riqueza, el primer plan quinquenal, implementado entre 1947 y 1951, se sintetizó en la puesta en marcha de una política nacionalista y estatizante. La expansión de la industria liviana, la creación de nuevas empresas, la nacionalización de empresas, el plan de obras y servicios públicos referidos a sanidad, educación y vivienda, la expansión del mercado interno y los avances en materia de legislación social, constituyen las intervenciones más importantes del Estado en la economía.

El eje dinámico de la economía, a diferencia del período anterior a la crisis del 30, pasó a ser la industria. Sin embargo, siguió siendo el sector agropecuario el sostenedor del nuevo esquema que, mediante el manejo de los precios relativos, el retraso progresivo del tipo de cambio y distintas regulaciones del Estado, favorecía al sector industrial, además de sostener el salario real de los trabajadores.

Las nuevas medidas expandieron y fortalecieron el mercado interno y elevaron la capacidad de consumo de los sectores populares. Al mismo tiempo, estas transformaciones, que impactaban perjudicialmente sobre las bases tradicionales de poder de los sectores oligárquicos vinculados al agro, se combinaron con otras políticas que permitieron neutralizar y controlar a las fuerzas populares y absorber su presión, como la creación masiva de sindicatos controlados por el Estado.

Ya a partir de 1949 comienzan a evidenciarse los primeros signos de debilidad del nuevo esquema económico. Además de los factores externos (inversión de las tendencias coyunturales a partir de la caída de los precios agrícolas y de la disminución de la demanda internacional de los tradicionales rubros de exportación), la caída de las reservas (producto de las importaciones, las nacionalizaciones y el rescate de la deuda externa) y la presencia de problemas estructurales (el estancamiento de la producción rural, la insuficiencia de industrias de base y la dependencia de insumos externos) se conjugaron con acontecimientos coyunturales como las graves sequías que se sucedieron entre 1949 y 1952.

En este contexto, la coyuntura fue leída y analizada como una “crisis de desarrollo”. Para resolver el trasfondo estructural de la crisis, se buscó implementar medidas de carácter más permanente. Así se definieron los objetivos del segundo plan quinquenal, que se inicia en 1952. Dichos objetivos buscaron continuar con la política de sustitución de importaciones a través de inversiones estatales y privadas, incrementar la productividad agrícola y ganadera, y mantener el equilibrio entre precios y salarios.

Las transformaciones operadas a partir de la crisis del 30 y de la segunda guerra mundial también se hicieron visibles en el campo de la educación. El nuevo modelo productivo basado en la industrialización sustitutiva de importaciones requirió que ésta adoptara una nueva concepción y sentido, y se reorientara hacia la técnica.

Un apartado especial merece la atención sobre la cuestión energética. El desarrollo progresivo de una industria “autónoma” requería contar con el abastecimiento suficiente de combustibles. La empresa estatal YPF había tenido una gran actividad durante la segunda guerra mundial. En los años siguientes a la finalización de la guerra, la reposición y el incremento de los equipos de perforación se constituyeron en los principales obstáculos. El problema no era la falta de divisas para la provisión de estos elementos, sino que era Estados Unidos su principal proveedor y su mayor fabricante. De manera que, al otorgar preferencia al abastecimiento de necesidades locales y a intereses norteamericanos en el extranjero, se transformó en el árbitro del desarrollo petrolero argentino (Rapoport, 2010, pp. 192-195). Frente a esta dificultad, el gobierno peronista llevó adelante diversos emprendimientos para incrementar la capacidad de elaboración de las refinerías de YPF. Al mismo tiempo, la construcción del gasoducto entre Comodoro Rivadavia y Buenos Aires que logró grandes ahorros en carbón y diesel oil. A pesar del esfuerzo, la necesidad de combustibles no fue satisfecha, y su déficit motivó el incremento de las importaciones, que impactaron negativamente en la balanza comercial.

De esta forma, se hacían visibles las limitaciones de un modelo que, a pesar de la expansión de la industria liviana y del mercado interno gracias al estímulo del consumo de gran parte de la población, seguía dependiendo fuertemente de las divisas que proveía el sector primario de la economía. Sector que, a su vez, dependía estrechamente de las condiciones fluctuantes del mercado internacional, sin haber sufrido durante el período estudiado transformaciones significativas que revirtieran su carácter.

6- El modelo de desarrollo peronista

A partir del análisis de las dimensiones consideradas es posible realizar algunas reflexiones en torno al modelo de desarrollo implementado durante el gobierno peronista.

En principio, el modelo de desarrollo peronista se caracteriza por determinados rasgos que a su vez determinan una particular inserción en el plano internacional. Si bien se presenta como un modelo que busca lograr autonomía nacional, desarrollo industrial, e igualdad e inclusión en el plano social, lo cierto es que las transformaciones apuntan a adaptarse a las nuevas condiciones del capitalismo mundial, y esto hace que los objetivos proclamados se encuentren limitados por contradicciones intrínsecas al propio sistema.

El proceso de industrialización por sustitución de importaciones no logró despegarse de las ramas livianas, y ni bien intentó profundizarse, chocó de frente con limitaciones tanto externas como internas.

Externas, en tanto la cuestión energética se mostró insalvable frente al monopolio que ostenta Estados Unidos en la fabricación de equipos de perforación, instrumentos de refinación y repuestos necesarios para mejorar e incrementar la producción nacional de petróleo.

Internas, porque durante todo el período no se modificó en grado alguno la estructura agraria caracterizada por la gran propiedad. Este atributo se mantuvo a lo largo del tiempo independientemente de los altibajos del proceso político, y significó mantener y acrecentar la vulnerabilidad respecto de los precios y de la demanda externa.

El resto de la estructura económica que comprendía la industria, el comercio y los servicios continuó dependiendo, como antaño, de la producción primaria.

El Estado, en este sentido, sólo operó transfiriendo ingresos de un sector a otro, pero la industria permaneció siempre subordinada a la situación del sector agrícola.

El mantenimiento de estas características del sector agrario junto con el dinamismo de la incipiente industria liviana aceleró el proceso de urbanización y se cristalizó, como en muchos otros países latinoamericanos, en una sociedad con amplias diferencias internas. Estas diferencias se reflejaron en la coexistencia de ciudades en rápido crecimiento y amplias zonas marginadas.

Los grupos de poder opusieron resistencia a los cambios operados a partir de 1930 y no estuvieron dispuestos a permitir que sus bases de poder enraizadas en la gran propiedad de la tierra fueran socavadas. Fue necesario, como indicó Graciarena (1967), ampliar la política de compromiso, con el límite fijado en el mantenimiento del statu quo. Con estas condiciones, se integró a la clase trabajadora al nuevo modelo.

Esta política de compromiso implicó redistribución de ingresos y reducción de la acumulación de capital necesario para llevar a cabo el proceso de industrialización, de manera que afectó, retardó y hasta trabó el desarrollo.

7- Reflexiones sobre el actual modelo de desarrollo

El siglo XXI se inició en un contexto internacional en el que se cuestionaba fuertemente el neoliberalismo en medio de una crisis económica y financiera mundial que afectó a Estados Unidos y a los países de la Unión Europea. Estados Unidos, después de un largo proceso de globalización financiera se encontró en problemas cuando varias empresas y fondos especulativos quebraron, al mismo tiempo que se temía frente a la amenaza del terrorismo internacional.

Al mismo tiempo, se combinaron en el nuevo escenario tendencias que marcan la expansión de países emergentes, especialmente China e India, la consolidación de bloques regionales como en el caso de América del Sur, la aparición de monedas competitivas del dólar, y el abandono, como ya se mencionara, de los presupuestos del neoliberalismo.

En este contexto se desata la crisis en Argentina de 2001, que también puso de manifiesto las limitaciones del modelo neoliberal nacional. Finalmente, la devaluación, la caída del salario real, el drástico aumento del desempleo, la fuga de capitales, el endeudamiento externo y la cada vez mayor desigualdad social, sumado a la crisis política y social, terminaron de dar por tierra con los preceptos del neoliberalismo. En este marco asume, en 2003, un nuevo gobierno conducido por Néstor Kirchner.

Desde el plano discursivo, el proyecto kirchnerista se presentó como una salida a la crisis de 2001. En el ámbito económico, significaba superar la crisis económica y construir un nuevo modelo de desarrollo opuesto al neoliberal, que reivindicaba la intervención del Estado. En el ámbito político, implicaba estabilizar el sistema de partidos ampliamente deslegitimado y promover la inclusión social de sectores previamente excluidos por el neoliberalismo. La evocación de estas metas involucraba poner en primer plano nuevamente las nociones de democracia y ciudadanía. El neoliberalismo implementado a partir de mediados de los 70 y fuertemente en la década del 90 había despojado a dichas nociones de su base material, pues la exclusión y la miseria no daban cuenta de un Estado que promoviera el bienestar general. Por eso, la democracia debía redefinirse sobre la base de la inclusión social, y no sobre líneas de continuidad con la dictadura, como había hecho el neoliberalismo, perjudicando a los sectores populares e inhibiendo los juicios contra los violadores de los derechos humanos.

Así, a partir del relato de la crisis y de la recuperación de temas de distintas tradiciones como la autonomía nacional, la industrialización y la inclusión social, se fue conformando en el terreno económico una doctrina que hablaba de un “nuevo modelo”.

Según Rapoport (2010, pp. 466-502), la asunción de Néstor Kirchner en 2003 implicó no sólo un cambio de conducción política sino también un cambio de modelo económico caracterizado por la implementación de programas económicos heterodoxos. El modelo neoliberal impulsado en la década del 70 y profundizado en la del 90 fue desarticulado a partir de que la valorización financiera dejara de ser el motor de la economía.

Se vuelve, entonces, a un modelo productivo en el que se desarrollan actividades industriales mayormente vinculadas al mercado interno junto a la conformación de un importante sector agroindustrial exportador ligado a la producción de soja y aceites derivados.

Todo esto se logró a partir del manejo del tipo de cambio y el fomento del gasto público. El estímulo del consumo interno sumado a una coyuntura externa favorable (precios en alza y demanda sostenida) permitió impulsar y sostener en el tiempo el crecimiento de la producción y el empleo, pues promovió el aumento de la demanda y una más efectiva utilización de la amplia capacidad ociosa.

El autor remarca las presiones recibidas por los organismos internacionales de crédito que reclamaban la implementación de otro tipo de medidas, situación que lleva al gobierno argentino a cancelar la deuda con el FMI en 2006. La adopción de esta medida fue posible por el incremento de las reservas ocurrido desde 2003.

Si bien la política de desendeudamiento remite a la ampliación del margen para la toma de decisiones autónomas por parte del gobierno nacional, no hay que olvidar que este modelo se mantuvo esencialmente por el ahorro interno sostenido a partir del saldo positivo en la balanza comercial, y que la obtención de divisas siguió estando estrechamente vinculada a los bienes primarios y agroindustriales, principalmente la soja³. En todo el período las exportaciones no cambiaron su perfil sectorial aumentando, por el contrario, su grado de concentración en ciertos productos. La urgencia de la crisis desatada en 2001 llevó a los gobiernos que la sucedieron a utilizar la soja como “tabla de salvación” (Robin, 2008, p. 385). Las crisis políticas y económicas que se venían arrastrando en nuestro país desde, por lo menos, la década del 70 facilitan la instalación de los agronegocios, ya que los gobiernos necesitan divisas para dar respuesta a la acuciante deuda externa. En palabras del ex secretario de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación Miguel Campos, “sin la soja, el país simplemente se hubiera hundido” [citado en Robin, 2008, p.385].

Por eso, si bien la reivindicación de la autonomía nacional se vio respaldada en la práctica, por un lado, por la política de desendeudamiento, la oposición al proyecto del ALCA en la Cumbre de las Américas celebrada en Mar del Plata en noviembre de 2005 en conjunto con otros países de la región y la salida del país de empresas extranjeras por restricción a las importaciones (medida adoptada frente a la problemática de la insuficiencia de divisas), al mismo tiempo se manifestó su poca materialidad real frente a, por ejemplo, el anuncio de la instalación de una nueva planta de Monsanto en Córdoba, que implica no romper con la dirección de un modelo no sólo dependiente sino sostenido por la colocación de commodities en el mercado internacional.

Entonces, ¿qué hay realmente de nuevo en “el modelo”? Según Borón (2007, 197-215), en la Argentina se asiste a un fenómeno que caracteriza a grandes rasgos a

³ Este modelo se complementó, al mismo tiempo, con la colocación de exportaciones del área automotriz, ratificando el hecho de la dependencia de la demanda externa para motorizar el crecimiento económico.

una serie de países de América Latina en el siglo XXI: la proliferación de un gobierno de “centro-izquierda”. Una vez más, embebido en una retórica progresista, se reivindica el proceso de desarrollo en el marco de un capitalismo nacional:

“En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente”. [Néstor Kirchner en su discurso inaugural ante la Asamblea Legislativa el 25 de mayo de 2003].⁴

Un capitalismo nacional que lleva, una vez más, implícita la premisa de que es posible “el milagro de convertir un régimen basado en la explotación del trabajo asalariado en una fraternal comunidad de iguales” (Borón, 2007). Además, un capitalismo nacional que se hace viable a partir del estímulo al consumo.

Más allá de las similitudes con el discurso y las premisas del modelo de desarrollo peronista (y de que Kirchner llegara a su candidatura a presidente apoyado por una figura de gran peso dentro del partido justicialista como Duhalde), el proyecto kirchnerista se inició en un momento histórico nacional en el que amplios sectores de la población repudiaban a la dirigencia política y a los proyectos de país que se habían presentado, intentado y fallado hasta el momento. Muchos de estos proyectos habían invocado al peronismo, motivo por el que, como indica Novaro (Malamud y De Luca coord., 2011), en los comienzos del gobierno kirchnerista el peronismo fu un tema tabú en los discursos. Sin embargo, con el tiempo y la consolidación del oficialismo después de los comicios de 2005, progresivamente se fue adoptando una retórica visiblemente peronista que, según el autor, se debe a la refutación de la hipótesis de que “la crisis de 2001 permitiría una amplia y radical redefinición de las identidades políticas heredadas, incluida la peronista”, pues el peronismo tradicional se iba adaptando a la nueva coyuntura y mantenía su fuerza.

Así, reflató un discurso reivindicativo de la defensa de los derechos humanos, el antiimperialismo, el nacionalismo y la intervención estatal en la economía.

Por otra parte, el conflicto desatado a raíz de la resolución de la 125 dio lugar a que el gobierno se presentara en términos de gobierno “nacional y popular”, que profundizó la definición del modelo de desarrollo, atribuyéndole un carácter social que lo identificaba con la mayoría de la población argentina y, sobre todo, con los trabajadores.

Esta identificación desde la oratoria fue acompañada por políticas sociales de inclusión social que buscaron resolver los problemas más urgentes de los sectores

⁴ Citado en Borón, A. (2007). *Duro de matar. El mito del desarrollo capitalista nacional en la nueva coyuntura política de América Latina*. En *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, vol. 38. México: n. 151.

más postergados producto de la implementación de políticas neoliberales. A partir de 2003, el gobierno fue poniendo en práctica distintas medidas, como la ley de financiamiento educativo que destinó el 6% del PBI a educación; programas masivos de salud pública, entre los que se destaca el Remediar destinado a mejorar el sistema de atención primaria de la salud mediante el fortalecimiento de redes de salud, la provisión de medicamentos esenciales y la capacitación, y el plan Nacer enfocado a ampliar la cobertura de salud a mujeres embarazadas y niños sin obra social; la expansión de la cobertura previsional; y la Asignación Universal por Hijo para Protección Social, que significó un ingreso en aquellos hogares cuyos padres estuviesen en situación de desempleo, informalidad o precariedad laboral. En el mismo sentido, se puso en marcha el plan Conectar Igualdad, con gran impacto no sólo en la población estudiantil sino también en sus familias, que accedieron al uso de las nuevas tecnologías y que, además, buscó disminuir la deserción escolar.

Sin embargo, y sin dejar de reconocer el impacto que todas estas medidas han tenido sobre la disminución del índice de pobreza y, en general, sobre las condiciones de vida de la población, siguen encontrando su límite en el mantenimiento del statu quo.

Nuevamente, un apartado especial se concederá a la cuestión energética debido a que, a más de medio siglo del primer gobierno peronista, sigue siendo un nudo problemático para la economía nacional. El aumento de la producción requirió, al mismo tiempo, satisfacer crecientes demandas de energía. El gobierno kirchnerista se encontró con que, producto de la privatización de YPF durante los 90, el Estado quedaba exento de percibir la renta extraordinaria generada por la suba del valor del barril de petróleo a partir de 2002 y de los beneficios que recibían los exportadores en este contexto después de la devaluación de 2001. Esta situación desfavorable intentó revertirse, aunque sea parcialmente, con la instauración y posterior suba de las retenciones a las exportaciones de combustibles, para aprovechar la tendencia alcista del precio internacional del petróleo y mitigar sus efectos en el proceso inflacionario (Rapoport, 2010).

Al mismo tiempo, la relación con países de la región también permitió encontrar recursos para paliar la crisis energética interna. Tal es el caso de Bolivia, que aseguró fuentes de energía baratas, y de Venezuela, país con el cual se realizaron acuerdos de planes de infraestructura energética (Llenderozas en Malamud y De Luca Coord., 2011).

Finalmente, en 2012 YPF fue expropiada a partir de una ley cuyo proyecto fue presentado por la misma presidenta Cristina Fernández de Kirchner. Los motivos aducidos fueron la insuficiencia de inversión y de producción, situación que no sólo contrariaba los acuerdos establecidos en la Ley de Hidrocarburos, sino que obligó al país a aumentar sus importaciones de gas y petróleo.

8- Consideraciones finales

Más de medio siglo ha pasado desde que Perón asumió su primera presidencia y, sin embargo, la problemática en torno al desarrollo sigue vigente y puede encontrarse entre los tópicos protagonistas de las agendas de cualquier gobierno. Por supuesto que no ha permanecido intacto. Han prosperado numerosos debates al respecto, sobre todo aquellos vinculados con el medio ambiente y el desarrollo sostenible, esencialmente a partir de 1972, cuando se llevó a cabo la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano en Estocolmo, y se acordó en la necesidad de incluir a la dimensión ambiental en la planificación del desarrollo y, por consiguiente, en la política de Estado.

Esta vez, la solución a la crisis no sólo económica sino también medioambiental es buscada en la promoción del desarrollo (sostenible, claro). En el mismo desarrollo que provocó la crisis. Crisis en medio de las cuales surgieron los gobiernos de Perón y de Kirchner, y que fueron evocadas en sus discursos para señalar un momento bisagra. Un resurgir de la nación que provocó una ilusión generalizada (al mostrar los índices de crecimiento) sobre la inevitabilidad de estar transitando por la senda hacia el desarrollo. Porque desarrollo y crecimiento son fácilmente confundibles. Aunque no son lo mismo, puesto que, como bien observa Borón (2007) el devenir histórico ha demostrado la imposibilidad del desarrollo en la periferia “¡que no quiere decir imposibilidad de registrar, por momentos, altas tasas de crecimiento económico!”

Hoy, como ayer, el gobierno vuelve a apostar a un capitalismo nacional concentrado en explotar al máximo las ventajas “naturales” de la macroeconomía. Más allá de la planificación, las urgencias hacen primar la lógica cortoplacista que busca acrecentar los rendimientos económicos.

Y entonces, ¿cuál es la lectura, el diagnóstico a partir del cual se elabora el modelo de desarrollo? Ahí parecería encontrarse la mayor coincidencia entre el modelo de desarrollo peronista y el kirchnerista: la lectura parte de una crisis producto de la consecución de políticas bajo los preceptos liberales, que desvirtúan el normal funcionamiento del sistema capitalista. Es necesaria la intervención del Estado bajo la forma de democracia para regular el incorrecto comportamiento de los mercados y promover la inclusión y la “igualdad”, ya que es posible armonizar los intereses de las distintas clases sociales. La corrección del capitalismo es necesaria para el bienestar de la población, frente a la desmesura de los que tienen demasiado en detrimento de los ultrajados sectores populares, y de las inminentes amenazas de enemigos no siempre fácilmente localizables y definidos de manera difusa (ayer los comunistas, hoy ¿los terroristas?).

Mientras tanto, el desarrollo desanda el camino de la vulnerabilidad externa, cristalizada en la escasez de divisas y la dependencia de insumos extranjeros, y

busca refugio en el esperanzador proceso de industrialización y el progreso técnico. Lo único “sostenible” en el tiempo pareciera ser la fe en la viabilidad del desarrollo.

A modo de reflexión final, resulta interesante el planteo que realiza Wallerstein (1998) con respecto a los objetivos duales y no necesariamente correlativos que invoca el desarrollo: igualdad interna y crecimiento económico (entendido como la equiparación con el líder). Quizás, como indica el autor, el desarrollo nacional sea sólo una ilusión mientras no logre despojarse de su significado histórico ambivalente.////

Bibliografía

- Borón, A. (2007). *Duro de matar. El mito del desarrollo capitalista nacional en la nueva coyuntura política de América Latina*. En *Problemas del Desarrollo*, Revista Latinoamericana de Economía, vol. 38, México: n. 151.
- Bustelo, P. (1998). *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Evans, M. (1996). *El estado como problema y como solución*. En *Revista Desarrollo Económico*, vol. 35, N° 140.
- Germani, G. (1977). *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- Graciarena, J. (1967). *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- James, D. (2006). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Malamud, A. y De Luca, M. (Coord.) (2011). *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: Eudeba.
- Mora y Araujo, M. y Llorente, I. (Comp.) (1980). *El voto peronista: ensayos de sociología electoral argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pipitone, U. (1994). *La salida del atraso. Un estudio histórico comparativo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*. En *El Trimestre Económico* N° 249. México.
- Rapoport, M. (2010). *Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia*. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta.
- Robin, M. (2008). *El mundo según Monsanto*. Barcelona: Ediciones Península.
- Sunkel, O. y Paz, P. (1979). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI.

- Wallerstein, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos*. México: Siglo XXI.